

REMA HAMMAMI

Palestina después de la operación “Escudo Defensivo”

Tras sobrevivir a duras penas a la doble ofensiva israelí de marzo-abril de 2002, las opciones de la Autoridad Nacional Palestina quedan reducidas a su dilema original: el de actuar como movimiento de liberación nacional o como gendarme al servicio de Israel en Gaza y Cisjordania. Pero las circunstancias han empeorado muy notablemente. EEUU, a cambio de haber salvado (de momento) a Arafat, va a exigir que el mando palestino criminalice el derecho de su pueblo a resistir contra la tiránica ocupación. Los territorios autónomos ya no existen en la práctica. Mientras tanto, la opinión pública se pregunta: si el destino de Palestina tan solo se sostiene en Arafat, ¿qué hubiera sido del país de haber caído en combate?

Aunque la operación “Escudo Defensivo” ha terminado formalmente, lo que no queda claro es qué consecuencias va a traer esta desatada ofensiva israelí en Cisjordania. Es más que dudoso que suponga el punto final de veinte meses de resistencia palestina, de agresión israelí y de evasivas estadounidenses. A primera vista, la situación actual parece marcada por la esperada reimplicación estadounidense y por la “limpieza doméstica” palestina, donde la reforma interna comienza a ser la corriente dominante frente a una continua resistencia al cambio. Pero el apoyo del primer ministro israelí Ariel Sharon a estas “reformas” de la Autoridad Nacional Palestina (ANP) sigue sin resultar nada convincente. Sus comentarios de que el “Escudo Defensivo” tan solo ha sido “el primer paso” no dejan lugar a dudas que está esperando el momento oportuno para afianzar su misión de destruir la ANP y todo lo que su existencia implica.

Mientras, detrás de la retórica de la Casa Blanca vilipendiando a Arafat, EEUU sin embargo ha maniobrado claramente para salvar, de momento, al líder palestino. Pero el escaso margen de movimiento del Gobierno de Bush con respecto a Israel, y su tozudo compromiso con un proceso de Oslo hecho añicos, significan que hay escasas posibilidades de que el interregno reconduzca en breve la situa-

Rema Hammami es profesora de Antropología en la Universidad de Birzeit en la Franja de Gaza y directora del *Birzeit's Women's Studies Program*. Este artículo ha sido publicado en *Middle East Report*, verano de 2002, N° 223.

Traducción: Eric Jalaín Fernández

ción hacia un proceso negociador. Si la ANP aceptara criminalizar el derecho de su pueblo a resistir a una ocupación más tiránica y brutal que nunca, se le permitiría volver a participar en un huidizo “proceso de paz” lleno de promesas verbales sobre un Estado palestino cuyo margen de soberanía, definición fronteriza y fecha de nacimiento siguen sin fijarse.

Escudo Defensivo

Entre el 11 de septiembre y marzo de 2002, la guerra de desgaste de Sharon contra la ANP avanzó a pesar de las puntuales intervenciones de EEUU y de la declaración palestina de alto el fuego durante un mes, seguida de una fase de resistencia armada concentrada únicamente en objetivos más legítimos en los territorios ocupados. Para superar estos obstáculos, Sharon provocó conscientemente una respuesta palestina caótica y vengativa, que le otorgara un pretexto para abandonar las indeseables treguas y desbordar las maniobras diplomáticas que buscaban proteger a Arafat y asegurar la supervivencia de la ANP. A pesar de su fracaso inicial de relacionar su guerra contra la ANP con la guerra de Bush contra el terrorismo, a mediados de diciembre tal estrategia dió sus frutos. Realizó cuantiosos avances en su propósito de deslegitimar a Arafat, mentalizando a EEUU de la necesidad de emplear mayor contundencia para combatir la resistencia palestina, y así, finalmente, extender y profundizar las medidas de ocupación.¹

A finales de marzo de 2002, cuando el “plan de paz” saudí se abrió camino entre los delegados estadounidenses, europeos y de la ONU (en forma de resolución 1397), y fue adoptado por la Liga Árabe en la cumbre de Beirut, Sharon volvió a quedar momentáneamente arrinconado. Pero casi inmediatamente, el 27 de marzo, llegó la venganza, largamente esperada desde la “guerra de los campos” de principios de mes: un atentado suicida de Hamas en Netanya mató a 29 israelíes durante las celebraciones de la Pascua judía. Ya había pretexto para la operación “Escudo Defensivo”, el último pero no definitivo asalto de la campaña de Sharon contra la ANP.

Tras la mayor llamada a filas de reservistas israelíes desde 1967, entre el 28 de marzo y el 4 de abril todas las grandes ciudades de Cisjordania, excepto Hebrón y Jericó, así como numerosos pueblos, fueron invadidos y reocupados. La magnitud y ferocidad de la invasión no tuvo precedentes. Pero la novedad fue también la selección de objetivos. Tres grandes ciudades, Ramala, Nablus y Yenín, sufrieron la mayor devastación. Las dos últimas han padecido la ira de las Fuerzas Armadas Israelíes (FAI) a principios de marzo, y de nuevo el objetivo fueron las fuerzas de resistencia radicadas en sus campos de refugiados. En Ramala el objetivo fue abiertamente la infraestructura de la ANP.

Antes del “Escudo Defensivo”, el ataque israelí a las instituciones de la ANP se limitaba a las instalaciones de seguridad, así como a infraestructuras de gran simbolismo de cara a la futura soberanía, como el puerto y aeropuerto de Gaza.

¹ Rema Hammami, “Intifada in the Aftermath”, *MERIP Press Information*, 30 de octubre de 2001, nota 74. En: <http://www.merip.org/pins/pin74.html>.

Ahora, por primera vez, el aparato civil de la ANP también se ha convertido en objetivo de guerra. A partir de la segunda semana, la invasión vino acompañada de cotidianas y súbitas irrupciones y registros de toda la infraestructura civil de la ANP, desde las oficinas del Consejo Legislativo hasta los Ministerios de Educación, Hacienda, Agricultura, Comercio e Industria, pasando por edificios municipales y cámaras de comercio. En algunos casos, los asaltos incluyeron “equipos de expertos” llevados especialmente para encontrar material incriminatorio; parte del cual fue supuestamente destinado al famoso “dossier Arafat” que Sharon llevó consigo a su encuentro con Bush en Washington a principios de mayo. Pero la confiscación de los discos-duros de los ordenadores y de archivos vino acompañada de la destrucción total mediante almádenas o explosivos de equipos informáticos, o de la quema de archivos. Se dio también, aunque más infrecuentemente, todo tipo de vandalismo, como el destrozo de las instalaciones y tapicerías de los baños. En algunos casos se depositaron heces en las oficinas ministeriales. La naturaleza sistemática de la destrucción delata la existencia de órdenes al respecto, pero también de un alarmante grado de motivación personal por parte de los soldados.

La resistencia en Ramala fue mínima, pobremente organizada y se agotó a los dos días, lo que no impidió que la destrucción fuera sistemática y continua durante unas cuantas semanas, abarcando registros y saqueos de negocios, casas y ONG. En Nablus, donde la resistencia continuó con heroicidad (o con insensatez) durante cinco días, la destrucción alcanzó una forma mucho más dramática e intensa. Los cazas F-16, seguidos de tanques y *bulldozer*, arrasaron rápidamente edificios, y en algunos casos barrios enteros del casco antiguo, antes de que entrara la infantería. El total de muertos en Ramala en un periodo de tres semanas fue de 26, mientras en Nablus murieron 74 personas en cinco días. Pero el daño más devastador en términos humanos aconteció en Yenín, donde los resistentes aguantaron durante más de una semana dentro del campo y causaron a las FAI su peor golpe: 22 soldados muertos, 13 de ellos en una emboscada. A día de hoy el número de palestinos muertos en Yenín se eleva a 52, sin contar los 16 desaparecidos, probablemente aún sepultados bajo la inmensa pila de escombros de lo que un día fue el centro del campo, y que ahora ha sido bautizado como “zona cero” por sus residentes.

El 21 de abril los tanques israelíes se retiraron de las ciudades que habían ocupado, excepto de dos puntos críticos: el complejo de Arafat en Ramala y la Iglesia de la Natividad en Belén, donde a duras penas pudieron refugiarse 30 combatientes junto a numerosos lugareños. El asedio a Arafat fue la enésima demostración de poder de Sharon, capaz de imponerle arresto domiciliario a plena vista de la comunidad internacional. Esta vez, sin embargo, la invasión física del complejo parecía indicar que el líder israelí por fin iba a capturar a su presa. Pero, en el acontecimiento más sorprendente de toda la insurrección, una pandilla de activistas de solidaridad internacional se colaron entre los tanques israelíes para ofrecerse a sí mismos como fuerza voluntaria de protección. Con ello tal vez lograron realmente salvar a Arafat. Aparentemente, este asedio pretendía obligar a Arafat a entregar a seis fugitivos: a cuatro implicados en el asesinato del ex ministro de Turismo Rehavam Zeevi, al secretario general del Frente Popular de Liberación de

*El asedio a
Arafat fue la
enésima
demostración
de poder de
Sharon, capaz
de imponerle
arresto
domiciliario a
plena vista de
la comunidad
internacional*

Palestina Ahmad Saadat y a Fuad Shobaki, que supuestamente pagó el barco cargado de armas Karine A, interceptado por Israel en enero.

La otra salida de EEUU

Ya desde antes del 11 de septiembre la retórica estadounidense denostaba crecientemente a Arafat mientras alababa a Sharon. Aunque EEUU intervenía para evitar la escalada de ataques militares israelíes en los territorios ocupados, lo hacía principalmente motivado por otros intereses primordiales situados en Afganistán y en Irak. El dilema del Gobierno de Bush está más que claro. Por un lado, tras el 11 de septiembre su principal doctrina en política exterior apela a una guerra sin cuartel al terrorismo, una propuesta que encuentra su principal apoyo en su poderosa derecha cristiana sionista y en miembros del ala neoconservadora. Las inminentes elecciones al Congreso, en noviembre, siempre propician un momento de acercamiento al *lobby* pro-israelí. Pero, por otro lado, la Casa Blanca necesita el apoyo de diversos regímenes árabes a su planificada campaña contra Irak, y tal vez también contra Irán. Las actuaciones estadounidenses con respecto al conflicto palestino-israelí, descritas por algunos observadores como zigzagues, han de entenderse pues como intentos de maniobrar entre estas dos posturas profundamente contradictorias.

Los numerosos comentarios en Washington, en el periodo anterior al “Escudo Defensivo”, sobre alternativas al liderazgo de Arafat, así como sus esfuerzos para desalojarle del Gobierno de Ramala, confirman de nuevo que EEUU considera al líder palestino una carga. Así, durante los tres primeros días de la operación militar el Departamento de Estado se encerró en declaraciones de apoyo al “derecho de autodefensa” de Israel. Por fin, el 4 de abril Bush comenzó a pedir la retirada del ejército israelí. Pero la falta de convicción de la demanda era obvia, desgana agravada por los comentarios anejos de Bush: “Es esencial para la paz en la región y en el mundo que erradiquemos las actividades terroristas y condenemos las acciones [atentados suicidas] realizadas en nombre de la religión que no son más que simple terrorismo”. Más que luz verde, EEUU parecía dar a Sharon el sello de aprobación para erradicar “la infraestructura terrorista” palestina. Con respecto a Arafat, Bush afirmó: “La situación en la que se encuentra es sobradamente responsabilidad suya”. Con intención de equilibrar la lectura, añadió: “De acuerdo con el Plan Mitchell, los asentamientos israelíes en Cisjordania deben detenerse y la ocupación debe acabar con una retirada hasta los límites reconocidos por las resoluciones 242 y 338 de la ONU”, y anunció el envío del secretario de Estado Colin Powell a la región.

Powell estuvo más de una semana viajando por Oriente Medio y Europa de camino a Tel-Aviv, en lo que pareció una estratagema para que Sharon no se sintiera intimidado y continuara su campaña. Al mismo tiempo, EEUU llevó a cabo lo que tan sólo puede interpretarse como una intervención a través del Consejo de Seguridad de la ONU. Durante los tres primeros días de silencio de Bush, el Consejo de Seguridad emitió la resolución 1402, pidiendo “la retirada de las tropas israelíes de las ciudades palestinas, incluyendo Ramala”. A lo que siguió, el 12 de

abril, el llamamiento de Kofi Annan para enviar una fuerza de paz a los territorios ocupados, acordándose poco después la resolución 1405 que “celebra la iniciativa de Annan” de formar una comisión de investigación para analizar los supuestos crímenes de guerra acontecidos durante la invasión israelí del campo de refugiados de Yenín. Ninguna de estas iniciativas podrían haberse dado sin el permiso de EEUU. El uso de la ONU parece una vía indirecta mediante la cual el Gobierno de Bush ha podido poner en evidencia internacionalmente a Sharon, imponiéndole a sus acciones algunas “líneas rojas”. Y lo que es más importante, con la creación de la comisión de investigación de Yenín, EEUU contaba con un medio para presionar a Sharon sin tener que responder en casa por ello.

La postura general de EEUU delata la existencia de una puesta en escena, incluso de una estrategia. Puesto que el líder palestino y los servicios de seguridad de la ANP eran más que nunca física y políticamente incapaces de tomar medidas enérgicas contra la resistencia palestina, dejarían que fuera Sharon mismo el que se encargara de esta tarea. Una vez que éste hubiera desarticulado la resistencia, EEUU podría devolver a Arafat, y a lo que quedara de su servicio de seguridad, a su sitio para mantener el orden en Palestina a las órdenes de Israel, a cambio reanudar el proceso de negociación.

Fórmulas para lavar la imagen

Pero surgieron unas cuantas complicaciones que pusieron en peligro la estrategia estadounidense. Al comienzo de la invasión Sharon atacó los cuarteles generales del Servicio de Seguridad preventiva de Jibril Rajoub, en las afueras de Ramala. El ataque a esta fuerza (famosa por haberse mantenido apartada de la resistencia por si era necesaria para posteriores tareas de control) fue una descarada argucia de Sharon para imposibilitar cualquier futura cooperación en materia de seguridad con la ANP. Los estadounidenses se apresuraron a negociar la liberación de 400 personas del edificio a cambio de que las fuerzas israelíes se llevaran a seis detenidos de Hamas refugiados allí.

El otro problema fue que Sharon, teniendo a Arafat en su punto de mira, se negaba a dejarlo escapar. Al principio se temía que el líder israelí intentara capturarlo físicamente, y encarcelarlo o deportarlo. Un escenario aún más temible era que, en el consiguiente fragor de la embestida, se matara “accidentalmente” a Arafat, o que éste prefiriera acabar como un Allende palestino antes que sobrevivir bajo toda la humillación que le tenía reservada Sharon. Así, la ambigüedad de Powell sobre un encuentro con Arafat pronto derivó en compromiso al respecto, para volver a dejar claro que EEUU considera al líder palestino una de esas “líneas rojas” que no hay que cruzar. Por ello, la polémica del complejo de Ramala derivó hacia la cuestión de los fugitivos refugiados allí. Sharon, haciendo caso omiso de un acuerdo previo gestionado por EEUU según el cual los fugitivos debían ser puestos bajo custodia palestina para ser juzgados en un tribunal también palestino, pidió su extradición; una nueva demanda que sabía que Arafat no podía cumplir. Los estadounidenses parecieron en un principio dispuestos a renegar de su propio acuerdo previo, y a dejar hacer. Pero, seguidamente, tal vez habiendo cap-

tado las implicaciones para Arafat de tal maniobra, apoyaron la surrealista iniciativa de un juicio de “seguridad de Estado” para los más buscados entre los refugiados dentro del asediado complejo. El acuerdo aún más surrealista que siguió fue que cumplirían sus condenas en la prisión de Jericó, bajo la vigilancia de “supervisores” británicos y estadounidenses.

Esta fórmula fue elaborada con los palestinos. Pero, ¿cómo iba a lograr EEUU que Sharon la aceptara? Como ya se sabe públicamente (el mismo Sharon lo ha admitido), no fue ninguna coincidencia que el asedio a Arafat terminara el 2 de mayo, el día que siguió a la decisión de Kofi Annan de deshacer el equipo de investigación de Yenín. Para calmar las iras que la liberación de Arafat levantó entre su coalición ultraderechista, Sharon intentó venderla abiertamente como una victoria sobre la temida investigación de la ONU. Resumiendo sin rodeos lo acontecido, Amir Oren comentaba en el diario *Ha'aretz* del 3 de mayo: “El acuerdo de ‘Ramala por Yenín’ demuestra que los israelíes son más fuertes que los palestinos, y que los estadounidenses son más poderosos que los israelíes”.

El último problema fue el asedio de la iglesia de la Natividad. Los líos domésticos de Sharon dificultaban su salida de este *impasse*, mientras en términos de cobertura mediática internacional la situación se volvía insostenible. En esta ocasión fue el mando palestino el que ofreció a Sharon una salida, con lavado de imagen incluido, que podía ser vendida como una victoria. El trato fue gestionado el 7 de mayo por Muhammad Rashid, el supervisor de la “cartera económica” de Arafat, permitiendo a Sharon enviar al exilio a los aproximadamente 30 combatientes situados en el corazón del conflicto. Con esto, Sharon obtuvo legitimidad internacional para exiliar a aquellos palestinos que considerara enemigos del Estado.

Logros y decepciones

Aunque Sharon no haya conseguido con su “Escudo Defensivo” deshacerse de Arafat, sus logros son desmesurados. Lo más significativo es que ha logrado suprimir los últimos vestigios de “inmunidad” del Área A,² de las ciudades transferidas al control de la ANP por los Acuerdos de Oslo. Desde que el 2 de mayo los israelíes se retiraran de los alrededores del complejo de Arafat, no ha habido ni un solo día en que no hayan reinvasado una población palestina, aunque durante periodos mucho más breves. A mediados de mayo todas las poblaciones de las que las FAI se habían supuestamente retirado tras el “Escudo Defensivo” ya habían sido reinvasadas por lo menos en una ocasión, con escasos comentarios al respecto por parte del Departamento de Estado estadounidense y apenas menciones en la prensa internacional. La constante reinvasión del Área A es un mensaje: Israel ha asumido ahora en solitario la “seguridad”, descartando la cooperación con la ANP para combatir la resistencia palestina. Pero como quedó dolorosamente claro durante el periodo de tregua y durante

² Al inicio de la Intifada, en el Área A las competencias civiles y policiales eran totalmente palestinas, y suponía el 60% de la Franja de Gaza y el 17% de Cisjordania. Ver Isaías Barrañeda, “¿Palestina o ‘Palestinistán’?”, *Papeles de Cuestiones Internacionales*, verano 2002, Nº 78, pp. 23-32 (nota del editor).

la Intifada, sin cooperación en materia de seguridad no hay “proceso de paz” posible. Queda aún por ver si EEUU seguirá permitiendo estas “operaciones de limpieza” una vez reconstituidas las fuerzas de seguridad palestinas.

Tan importante como la desaparición del Área A está resultando la reconfiguración radical y sistemática de la geoestrategia de la Era Oslo, progresiva alteración disfrazada con la retórica de la seguridad. Originalmente, el proceso de Oslo aislaba Gaza de Cisjordania, y dividía ésta última en dos mediante los bloques de asentamientos que rodean Jerusalén Este. Barak estableció en este mapa el sistema de cerco *ad hoc* de las poblaciones palestinas. Sharon ha masificado esta planificación y la ha dotado de dimensiones estratégicas a largo plazo. Primero las FAI estrecharon los cercos alrededor de los pueblos, separándolos de sus centros urbanos. Los militares crearon “zonas tapón” alrededor de aquellas ciudades, pueblos o campos considerados demasiado cercanos a los asentamientos, a las fronteras internacionales o a la Línea Verde. Finalmente, siguiendo la operación “Escudo Defensivo”, Cisjordania ha sido dividida formalmente en ocho cantones separados. Para transitar de uno a otro, se exige a los palestinos un permiso de una Administración Civil que está siendo discretamente remozada. Como resultado, el Área C (casi el 60% del territorio de Cisjordania que rodea las ciudades y pueblos palestinos) se ha visto ampliado y adoptado como territorio soberano israelí. Un reciente descubrimiento por parte de la organización de derechos humanos israelí B'Tselem evidencia que este sistema de control responde a una estrategia a largo plazo: mientras el área ocupada por asentamientos israelíes tan solo alcanza el 4% de Cisjordania, las fronteras municipales trazadas en su expansión comprenden en realidad hasta el 43% del total del territorio. Esta nueva geoestrategia transforma a las comunidades palestinas en “los asentamientos” de una Cisjordania israelí, y priva a los palestinos del derecho a moverse de un asentamiento a otro sin permiso israelí. La puesta en vigor del cantonalismo ha sido rápida y draconiana. Los innumerables caminos rurales usados por los palestinos durante la Intifada para rodear la siempre creciente red de controles, están siendo ahora bloqueados o destruidos mediante *bulldozer*. Las consecuencias del asedio y aislamiento para la vida económica y política ya se han hecho patentes a lo largo de la Intifada. Ahora el objetivo consiste en apuntalar y regularizar esta situación hasta que la existencia básica de los palestinos pueda ser controlada por las FAI y la burocracia de la administración civil.

En el ámbito político, el liderazgo local en Cisjordania de las fuerzas de resistencia ha quedado gravemente debilitado y desguarnecido. En particular el Tanzim (brazo armado) de Al Fatah (el principal grupo que integra la Organización para la Liberación de Palestina - OLP) ha sido neutralizado, con el secuestro y encarcelamiento de Marwan Barghouti, importante intelectual y uno de los escasos personajes con capacidad para establecer un diálogo entre las facciones de resistencia islamista o secular por un lado, y la ANP por otro. Esto puede explicar el interés de Sharon en ponerle entre rejas, sobre todo porque Barghouti encarna un proyecto político más amplio y también más amenazante para los planes a largo plazo del líder israelí. Este intelectual representa a la nueva “ola de demócratas” de Al Fatah, que sostiene que tan solo una estrategia de resistencia popular puede acabar con la ocupación, y que a su vez está promoviendo una dinámica de reformas internas del sistema político. En Cisjordania, Barghouti y Jibril Rajoub, jefe de la Seguridad

*Tan
importante
como la
desaparición
del Área A
está resultan-
do la recon-
figuración de
la geoestra-
tegia de la
Era Oslo*

Preventiva, representan, cada uno a su manera, la corriente de Al Fatah que ha mediado entre la militancia local y las caprichosas necesidades de supervivencia de la ANP. Esta es probablemente la razón por la que ambos se han convertido en objetivos de los israelíes, aunque obviamente el papel de hombre fuerte de Rajoub (frente al papel de movilizador social de Barghouti) explica el diferente destino de ambos tras el “Escudo Defensivo”.

Mientras Sharon perseguía a los líderes de Al Fatah que, dadas las circunstancias, podían desempeñar un papel negociador importante para superar la Intifada, no hizo nada con respecto a los dirigentes de Hamas en Gaza. Para muchos, esto significa que para Sharon resultan mucho menos problemáticos los intransigentes líderes islamistas que los pragmáticos dirigentes nacionalistas, que podrían seguir obteniendo apoyos internacionales para la creación de un Estado palestino. Más aún, Sharon ha comentado en varias ocasiones la posibilidad de aceptar un Estado palestino sólo en Gaza, donde la sólida implantación de Hamas puede aportar una oportuna excusa para echarse atrás en caso de acercarse tal posibilidad.

La capacidad de Sharon para barrer los últimos vestigios de Oslo y para reorientar toda la situación de los territorios ocupados hacia la construcción del “Gran Israel”, depende estrechamente de su habilidad para recolectar información. La formación de la ANP (en particular de sus servicios de seguridad) y del Área A, como un santuario a salvo del control directo israelí, azuzaron la habilidad de Israel para crear sus propias redes de informadores. Éstas resultaron la piedra angular del aplastamiento de la primera Intifada. Desde el comienzo del “Escudo Defensivo”, han sido arrestados más de 8.000 palestinos, 2.200 de los cuales aún siguen retenidos. Los arrestos e interrogatorios a gran escala han permitido recavar una cantidad significativa de información utilizada posteriormente por los militares para ejecutar numerosos arrestos y asesinatos durante sus ya casi diarias incursiones en los pueblos y ciudades de Cisjordania. Hasta la primera Intifada, el control de los palestinos bajo la ocupación se basaba fundamentalmente en el poder de los permisos y pases, de los colaboradores y de la conjunción de ambos instrumentos. La actual capacidad de recolección de información no sólo tiene efectos inmediatos en la destrucción de lo que queda de la resistencia palestina, sino que el restablecimiento de un sistema de permisos aún más abrumador sugiere el retorno a la anterior situación de control sobre toda la población en conjunto.

Conversaciones para la reforma

La reforma interna de la ANP ha sido una demanda constante y dominante de los intelectuales palestinos y de varias tendencias políticas a lo largo de todo el periodo de tregua, e incluso en varios momentos de la Intifada.³ Tan sólo dos días después de la liberación de Arafat del complejo de Ramala, Hani al-Masri comentaba: “Parece haber consenso en que hay que reformar y cambiar. Se trata ya de una demanda que hoy en día procede de arriba, de abajo y de dentro de la ANP, y que

³ Rema Hammami y Jamil Hilal, “Uprising at a Crossroads”, *Middle East Report*, verano 2001, Nº 219.

se da también en algunos sectores de la oposición así como entre la gente.⁴ Masri se refiere a lo que diferencia a las actuales conversaciones de reforma de las precedentes: la inesperada coincidencia de llamamientos simultáneos en este sentido procedentes tanto de EEUU, como de Sharon, de líderes de la propia ANP así como de un amplio abanico de individuos y grupos de la oposición democrática a lo largo y ancho de la sociedad palestina. Con una convergencia tan contradictoria de actores demandando la reforma, está claro que sus condiciones suponen una situación de *impasse* colectivo. Ninguna de las fuerzas contendientes puede por sí sola maniobrar de manera tan decisiva como para poner fin a la dinámica de los últimos veinte meses, pero a la vez es necesario hallar un nuevo *status quo*.

Obviamente, tras los diversos llamamientos al cambio encontramos propuestas radicalmente diferentes. La declaración de apoyo de Sharon a la reforma de la ANP es básicamente una estratagema para ganar tiempo. Así como una vez planteó: “No habrá negociaciones hasta que se sucedan siete días de tranquilidad”, puede ahora posponerlas de nuevo hasta que finalice un periodo abierto de necesaria reforma. Para EEUU hablar de reformas tal vez sea el indicador más claro que no encuentra alternativa a Arafat, pero la anterior criminalización pública estadounidense del líder palestino no le permite apoyar su simple retorno al poder. El Gobierno de Bush parece desear una versión de Arafat y de la ANP que pueda ser final y plenamente sometida a la tutela estadounidense y árabe. Por ello, la demanda de reforma estadounidense consiste en limitar a Arafat a una “estrategia de pan o pistolas”, es decir, en avanzar en reformas económicas que acaben con su “flexibilidad financiera”, de manera que ya no sea capaz de financiar la resistencia armada rebañando diversos fondos. Paralelamente a la “unificación de cuentas nacionales palestinas”, EEUU pretende la unificación de sus “fuerzas de seguridad”, para evitar que algunas de ellas (como la Fuerza 17 y la Seguridad Preventiva de Gaza) puedan volver de nuevo sus armas contra la ocupación. Otra dimensión de la propuesta de la Casa Blanca con menos probabilidades de éxito es el deseo de restar autoridad a Arafat mediante otros actores políticos más fiables y respetables, tal vez algún primer ministro o un gabinete con el cual EEUU pudiera llegar a acuerdos públicos. Pero incluso sin este último punto, la reducción del control financiero de Arafat y la implantación de una jefatura fuerte de seguridad bastarían por sí mismos para debilitar el monopolio de poder del líder palestino.

Luchas de poder

El debate palestino sobre la reforma abarca un abanico casi ilimitado de propuestas y prioridades tanto personales como políticas. Por un lado, sirve como nueva arena para las disputas de poder de la élite de la ANP. Una corriente está representada por figuras como Mahmoud Abbas (Abu Mazen) y el ministro de Asuntos Legislativos Nabil Amr, que formaron parte en su momento del núcleo duro de Arafat, pero que han sido posteriormente marginados. Tanto para ellos como para otros como Jibril Rajoub, el telón de fondo de su entrada en el debate sobre la

⁴ *Al-Ayyam*, 4 de mayo de 2002.

reforma fue lo acontecido en el ámbito de gobierno durante el asedio a Arafat. Como apuntó Rajoub en una entrevista para el diario *Al-Hayat*, con sede en Londres: “los israelíes pusieron a Abu Ammar bajo asedio, desmantelaron el mando y tan solo concedieron libertad de movimiento a tres o cuatro personas, y entonces se dio un claro intento de despojar al pueblo palestino de la toma de decisiones políticas, de seguridad, económicas y mediáticas, mediante los tanques israelíes”. Aquí no se refiere tanto a Israel como a la troica formada por Muhammad Dahlan (jefe de seguridad de Gaza), Muhammad Rashid y Hasan Asfour, que fueron los únicos miembros de la ANP a los que se les permitió acceder regularmente al complejo de Ramala tras la visita de Powell. Se convirtieron así prácticamente en el centro de decisiones, sustituyendo al amplio “mando palestino” habitual que abarca todo tipo de representantes de la ANP y de la OLP. Esta corriente alberga temores sobre su futuro político, amenazado por un “golpe estadounidense” o por la marginación de Arafat.

Incluso antes de la liberación de Arafat, Amr llamó públicamente a la creación de un nuevo gobierno y defendió la necesidad de reformas domésticas. En toda una muestra de coherencia, renunció a su puesto de ministro (el único hasta la fecha en haber hecho esto). En una larga entrevista concedida a *Al-Ayyam* el 7 de mayo, Abu Mazen también afirma la necesidad de “reformularlo todo de manera radical”. Pero sus pretensiones se dirigen claramente a devolver el poder a la vieja guardia de Al Fatah, arrebatándose a los recién llegados que conforman actualmente el núcleo cercano a Arafat (entre ellos, Dalahn, Asfour y Rashid), así como a la militancia callejera de Fatah que ha tenido mucha influencia en el mando durante la Intifada.⁵ Como Nabil Amr, Abu Mazen introdujo en su propuesta las demandas estadounidenses: reorganización de las fuerzas de seguridad, y control, coordinación y transparencia en materia financiera. Ambos pidieron nuevas elecciones en el Consejo Legislativo, pero Amr, siendo un miembro del mismo, insistió especialmente en su potencialidad transformadora.

Amr y Abu Mazen ejemplifican el intento de varios dirigentes situados dentro o alrededor del mando palestino de explotar la propuesta de reforma con intención de jugar a caballo ganador. Apoyar la reforma permite ser populista sin salirse del campo estadounidense. Además, siempre se puede proponer una versión de la misma que le pueda reportar a uno una mayor cuota de poder. La reforma significa para estos personajes la oportunidad de esgrimir una pose “de oposición” mientras se intenta recuperar el terreno perdido en la estructura de poder establecido. El error es que los demás se percatan de qué va el juego, puesto que estos hombres tienen una credibilidad popular escasa, por no decir nula, pues han delatado sistemáticamente su postura contraria a la resistencia, prefiriendo abandonar el destino palestino totalmente en manos estadounidenses. Además, las escaramuzas entre líderes han saltado a menudo a la luz, por lo que los intereses personales que guían sus propuestas resultan más que obvios.

⁵ En una obvia bofetada a Muhammad Rashid, Abu Mazen criticó que cualquier personaje se plantara frente a una cámara representando a la ANP. Esta situación, afirmó, es insostenible.

Clamores de fondo

De no haberse producido la demanda estadounidense de reforma, la ANP se hubiera visto obligada a responder a los clamores de fondo a favor del cambio que siguieron a la invasión. El día que Arafat fue liberado del complejo de Ramala, las facciones convocaron la primera Conferencia Popular del año en esta ciudad. La postura de los asistentes estaba clara. Aunque la invasión no supusiera la derrota final, era un duro golpe que ponía en cuestión algunas de las formas de actuar básicas tanto de las facciones como del mando. La improvisada actuación de la ANP durante el “Escudo Defensivo”, sumada a la irresponsable e indisciplinada resistencia, casi condujeron a la catástrofe. Mientras muchos participantes criticaron a Hamas por ir por libre con sus atentados suicidas, algunos analistas más reflexivos dirigieron sus reproches a una acción nacional compuesta de estrategias y objetivos opuestos y contraproducentes. Pero el grueso de la crítica se dirigió a la actuación de la ANP, o más concretamente a su falta de actuación.

La bravura personal exhibida por Arafat durante el asedio no podía compensar el caos y negligencia producto de su autocracia. Irónicamente, las mismas imágenes que dieron fe de su valentía (que lo mostraban en los vestigios de su bombardeado cuartel general, únicamente acompañado por guardaespaldas de confianza y rodeado por las tropas israelíes) suscitaron una cuestión crucial. Si el destino de toda la nación tan solo se sostiene en esta figura (que ha llegado a encarnar tanto a la ANP como a la OLP), ¿qué hubiera ocurrido de haber caído en combate? La invasión ha puesto en notable relieve el hecho de que la estrategia global de gobierno de Arafat (basada en frustrar el desarrollo de formas institucionales representativas para la toma de decisiones, el gobierno y la legislación) ha conducido a una gestión desastrosa de la crisis nacional. Y lo que es mucho más inquietante, en caso de que Sharon hubiera logrado matar o exiliar a Arafat, la población y el proyecto nacional podrían haberse quedado sin instituciones ni formas organizadas de liderazgo justo en el momento en el que ambas hubieran resultado más necesarias.

Por lo tanto, los llamamientos de reforma se han hecho más urgentes y extensos que nunca. Se repiten cotidianamente en los editoriales de los diarios locales y como tema de una plétora de encuentros, conferencias y mesas redondas organizadas por figuras políticas independientes y por intelectuales. Las conversaciones de reforma actuales se basan en el legado del periodo de tregua, en el cual varios reformistas intentaron, desde dentro y fuera del Consejo Legislativo, transformar el sistema de mando en un sistema de gobierno responsable. Hoy en día, estas viejas propuestas pueden recuperar brillo propio habida cuenta de la larga lista de fracasos de la ANP durante la Intifada. Esta lista comienza con la ineptitud de las instituciones gubernamentales para cubrir los servicios y necesidades más básicos de la población a lo largo de los últimos 20 meses. Incluye a numerosas fuerzas de seguridad sin ninguna estrategia operativa frente a la invasión y cuyos oficiales brillaron por su ausencia. Finalmente, también comprende la repetida renuncia del mando a cualquier ética política en cuanto se ha sentido arrinconado, ejemplificada en el reciente acuerdo de la iglesia de la Natividad que sentencia un plan de exilio de la resistencia palestina.

*La invasión
ha puesto en
relieve que la
estrategia
global de
gobierno de
Arafat ha
conducido a
una gestión
desastrosa de
la crisis
nacional*

Reforma o resistencia

Pero son los debates sobre la reforma de la ANP procedentes de fuera los que expresan con mayor dramatismo el dilema planteado por esta cuestión en un momento como la crisis actual. Aunque unidos en cuanto a la necesidad de cambio, las voces de oposición se decantan en dos campos: la reforma del gobierno y la reorganización y reformulación de la estrategia de resistencia. El primero orienta sus propuestas a la aplicación de una serie de leyes a las que se viene dando vueltas desde hace bastante tiempo: la Ley Básica (especie de constitución) y una legislación que asegure la independencia judicial y la separación de poderes. Estos reformistas tienden a considerar la consolidación de la ley como el principal mecanismo de cambio. Por otro lado, también plantean unas nuevas elecciones para potenciar el Consejo Legislativo, lo que reforzaría la toma de decisiones democrática y la supervisión del poder ejecutivo. Suelen criticar de forma enérgica cualquier forma de resistencia armada, planteando una resistencia de supervivencia como única posibilidad. Aunque se distancian de las propuestas de reforma estadounidenses, asumen tácitamente que la legitimidad propia de un sistema democrático logrará el compromiso de la comunidad internacional de encontrar una vía hacia el Estado palestino.

El otro campo prioriza la continuación de la resistencia, y no considera que la reforma del gobierno pueda lograrlo. Destacan en esta tendencia intelectuales como Hani al-Masri, y activistas como Azmi Shuaibi, cuyas propuestas de cambio plantean la reforma como un proceso de corrección de los errores de liderazgo y estrategia de la Intifada, y como el desarrollo de nuevas formas de resistencia para acabar con la ocupación. Ambos han sugerido la urgencia de una división de responsabilidades formal y clara entre la ANP y la OLP. La ANP, como gobierno, debe asegurar los servicios básicos a la población, mientras a las estructuras de la OLP les corresponde tomar las riendas de la resistencia y de las negociaciones. En opinión de Shuaibi, el papel de la ANP debe minimizarse, para abrir paso a una OLP redemocratizada que haga progresar la estrategia de liberación nacional. Haidar Abd al-Shafi es otro representante de esta corriente, aunque sus propuestas sean más difusas. Este anciano, independiente y respetado estadista, ha planteado la necesidad de realizar una total revisión de la estrategia de la Intifada como punto de partida de cualquier visión nacional unificada y de cualquier planteamiento de resistencia que conduzca al final de la ocupación. Si bien Abd al-Shafi se muestra crítico con los atentados suicidas en el interior de Israel y con la falta de una estrategia compartida por la resistencia y el mando, critica igualmente las propuestas de elecciones o la vuelta a las negociaciones. Estas propuestas de reforma sufren todas la misma carencia de un contenido programático claro, y tampoco valoran el margen de resistencia y de liderazgo con los que se cuenta en la actualidad.

El dilema

Los contenidos del proceso de reforma de la ANP fueron originalmente planteados durante el periodo de tregua, cuando la formación de sus instituciones de gobier-

no iba de la mano de las negociaciones como vía estratégica para lograr la liberación y la formación de un Estado. Entonces se argumentaba que la reforma interna actualizaría el potencial de estas nuevas instituciones de gobierno a través de un proceso de transición democrática que conferiría al mando mayor poder y legitimidad para la negociación. Actualmente el entorno creado por los Acuerdos de Oslo se ha derrumbado y la ANP ha sido privada incluso de las limitadas competencias originales que tenía. Dado el nuevo contexto, la reforma en sí de estas instituciones no aporta nada al inmenso desafío que supone la continua expansión de la hegemonía de la ocupación.

Pero como se ha podido comprobar a lo largo de los últimos meses, la resistencia armada en presencia de la ANP tan sólo conduce a su disolución. Para evitar esto, el mando ha intentado en un principio llevar a cabo una versión caótica de lo que proponen Shuaibi y al-Masri: las estructuras formales de la ANP se han replegado y dejado sitio a la OLP para que esta emprendiera la resistencia armada a través de las facciones seculares. Pero éstas, incitadas por la nueva unidad nacional con Hamas, no han logrado sin embargo alcanzar una estrategia común de resistencia ni un programa político compartido. Azuzados por una ira lógica ante la escala de brutalidad y crueldad israelí contra sus cuadros y su población, no han logrado aclarar objetivos. En vez de intentar levantar al público israelí contra la ocupación, mediante ataques a soldados, o incluso a colonos, la estrategia de la resistencia de pretender derrotar a Sharon (poniendo en evidencia su incapacidad para mantener la seguridad de los israelíes dentro de la Línea Verde) ha tenido un devastador efecto bumerán. Los atentados dentro de Israel han provocado la destrucción de la ANP, y han deteriorado significativamente la legitimidad de la causa palestina entre amplios sectores de la opinión pública occidental, a la par que ha provocado la derivación de la población israelí hacia la derecha. La única estrategia de resistencia posible hoy en día es aquella que logre recuperar la legitimidad perdida.

Arafat se ha jugado la existencia de la ANP con Sharon en la cuerda floja, y ha errado el tiro totalmente. Probablemente asumió que en algún momento la gravedad de la crisis precipitaría una intervención internacional, y nunca pensó que Sharon pudiera estar tan cerca de destruirle. Es más, ya ha quedado dolorosamente claro el sombrío escenario que derivaría de darse la reconversión total de la ANP a un movimiento de liberación nacional en los territorios ocupados. Por ello el mando palestino no ve apenas alternativas si no es seguir alguna versión de la propuesta estadounidense, cuyo peso recayera en las estructuras, limitadas pero aún existentes, de la ANP, mientras se espera la descafeinada “conferencia internacional” prevista para el verano. Esta alternativa es la que cobra más sentido, dado que la reconocida debilidad de las fuerzas de seguridad facilita el retorno a un patrocinio estadounidense sin necesidad de tomar medidas enérgicas contra la resistencia en el contexto de las incursiones diarias de Sharon.

Pero, aparte de asegurar la integridad física del mando y la fachada de sus instituciones en lo que queda del Área A, el patrocinio de EEUU no ofrece mucho más. La población, que ha sufrido inmensas pérdidas y penurias tratando de sobrevivir sin ayuda ni protección, afrontando ataques constantes y cada vez mayores restricciones, percibe la supervivencia de la ANP como algo irrelevante,

incluso como una carga. Un comentario muy común es que tal vez hubiera sido preferible la desaparición de la ANP, pues a lo mejor esto hubiera precipitado una intervención internacional, o por lo menos hubiera despejado el escenario evidenciando una clara situación de ocupación que diera de nuevo pie a la resistencia popular. Entre tanto, el mando intenta aplacar a la gente con promesas de reformas internas por la vía de unas elecciones físicamente imposibles (cuyas fechas y condiciones prometidas están cambiando constantemente). Lo más que lograrían sería expulsar a un grupo de ministros y sustituir la mayoría de ellos por figuras más aceptables. Más allá de esto, quedarían pronto relegados a autoafirmarse como la ANP, peleando con los donantes internacionales para obtener el derecho de gestión sobre la ayuda de emergencia destinada a la necesitada población.

Verano de 2002